

Sobre las composiciones

A la edad de 16 años, Felix Mendelssohn escribió el **Octeto** op.20 en mi bemol mayor con la poco usual instrumentación de dos cuartetos de cuerda (cuatro violines, dos violas y dos violoncelos), creando una de las más extraordinarias y excepcionales composiciones de la historia de la música de cámara.

Los cuatro movimientos de este octeto son verdaderas obras maestras. El primer movimiento (*Allegro moderato ma con fuoco*) llega rápidamente al oyente con la fuerza del tema principal en el soprano, por los trémolos sonoros en las voces medias y un bajo descendente. Seguidamente, el segundo tema de la partitura nos lleva a una fase más tranquila y casi estática. Inesperadamente, el tempo inicial aparece de nuevo, con fuerza en todas las voces y esto nos lleva a un estado dramático y armónico, retomando el tema principal.

El segundo movimiento (*Andante*) en do menor comienza con un tema lírico que se repite varias veces y que se interrumpe por tripletes que, posteriormente, interpretarán el segundo tema. El tema principal sólo vuelve a aparecer al final del movimiento. En la parte intermedia, Mendelssohn crea una maravillosa canción polifónica con repetidos retardos, recordándonos a la última etapa de Mozart.

El tercer movimiento es un seductivo Scherzo (*Allegro leggiero*) que fue tan popular en la época de Mendelssohn que su representación a menudo tenía que repetirse a petición del público. Su hermana Fanny describe esta pieza en forma sugestiva de la siguiente manera: “Esta pieza debe tocarse en staccato y pianísimo, con los tremolos individuales entrando por todas las partes y los trinos pasando como rayos. Todo es nuevo, extraño, insinuante y placentero. Uno se siente cerca del mundo de los espíritus, transportado por el aire y dan ganas de montarse en una escoba y participar en esa procesión aérea”.

El cuarto movimiento (*Presto*) es una perfecta combinación de canción melódica y contrapunto. Comienza con un tema fugato que se realiza en un coro a seis voces. Seguidamente, aparece como segundo tema una sucesión de saltos de tres cuartos que ya Handel había usado anteriormente para su fantástico fugato en el “Aleluya” del *Mesias*. Finaliza el movimiento con un fulminante stretto.

Aunque se piense que la versión original del Octeto para cuerdas es un icono en la música de cámara, la versión para piano a cuatro manos tiene las mismas cualidades musicales. Es asombroso como Mendelssohn fue capaz de integrar todas las voces sin sobrecargar la versión a piano. Por ejemplo, el Scherzo de la

versión a piano cautiva por su transparencia y ligereza. Las instrucciones de Mendelssohn al respecto son: *Si deve suonare questo Scherzo sempre pp e staccato* (Este Scherzo debe ser tocado siempre pianísimo y staccato). No cabe duda que Mendelssohn tenía una razón personal y práctica en llevar a cabo esta transcripción tocando, él mismo, la versión para piano a cuatro manos junto a Sophy Horsley e Ignaz Moscheles.

La correspondencia entre Mendelssohn y su editor nos da una interesante perspectiva de su entusiasmo por esta transcripción. La transcripción del Octeto para piano a cuatro manos no fue algo casual sino que, al contrario, era algo que Mendelssohn llevaba en su interior. Propuso al editor de la compañía Breitkopf & Härtel lo siguiente: “Deseo que el Octeto sea publicado simultáneamente para piano a cuatro manos”. Mendelssohn participó activamente en las pruebas de corrección e impresión y quedó muy satisfecho con el resultado: “La versión tipográfica es extremadamente hermosa y no deja nada que desear. Estoy totalmente encantado con este regalo”.

Durante un viaje a Escocia en 1829, a Mendelssohn le llegó la inspiración para crear su Sinfonía Escocesa en la menor publicada en 1842 y una obertura para orquesta en si menor que, originalmente, tituló *La Isla Solitaria* y que, luego, publicó bajo el nombre de *La Gruta de Fingal* (Fingal's Cave). Retocó la obertura y la publicó en Roma en 1830 bajo el nombre de **Las Hébridas** op.26 en si menor. La primera representación de la versión final, bajo la dirección del propio Mendelssohn, tuvo lugar en Berlín en 1833.

Durante su estancia en Escocia, envió una carta a su casa titulada “Sobre una de las Hébridas” en la que aparece la siguiente frase: “Para que comprendas como me han influido las Hébridas, te escribo lo que me ha venido a la mente” seguido de los primeros 20 compases de la obertura.

Paralelamente a la versión para orquesta de la obertura de Las Hébridas, Mendelssohn -- al igual que en el caso del Octeto -- compuso una versión para piano a cuatro manos que finalizó, precisamente, un día antes que la partitura para la orquesta que tiene como fecha “Londres, 19 de junio de 1832”. Este trabajo es una de las composiciones más famosas de Mendelssohn y fue muy bien valorada por sus coetáneos, incluyendo Wagner. De hecho, Brahms afirmó con admiración : “Yo regalaría todas mis obras si hubiese compuesto una pieza como las Hébridas”.

El **Movimiento de sonata para dos pianos** en sol menor (sin título ni indicación del tempo) es una obra que el joven Mendelssohn escribió a la edad

de 11 años. También escribió otra sonata para dos pianos en re mayor con tres movimientos. Algunos historiadores creen que estas composiciones fueron escritas por él y su hermana Fanny que también era una extraordinaria pianista. A pesar de que los manuscritos tenían algunos errores de notación, fueron guardados por la familia de Mendelssohn, probablemente, porque eran sus primeras composiciones.

Las **Canciones sin palabras** (Lieder ohne Worte) para piano están entre los trabajos mas populares y representados de Mendelssohn. Es menos conocido, sin embargo, que Mendelssohn transcribió y publicó, al mismo tiempo, varias de estas piezas para piano a cuatro manos. No cabe duda que la Canción sin palabras op.67 N°1 en mi bemol mayor es una de las más hermosas. Es un tranquilo *Andante cantabile* que Mendelssohn dedicó a la Reina Victoria de Inglaterra con las siguientes palabras: “Con el gentil permiso de su Alteza Real, he arreglado mi quinto Volumen de las Canciones sin palabras para cuatro manos que dejo a sus pies. Podría su Alteza Real tocar alguna de ellas, de vez en cuando, y verlo como una señal de mi profunda gratitud por la hospitalidad y por las horas que he disfrutado tan agradablemente durante mi estancia”.